

Domingo Sagrada Familia

Eclesiástico 3, 2-6.12-14; Colosenses 3, 12-21; Lucas 2, 22-40

«Cuando cumplieron lo que prescribía la ley, se volvieron a Galilea, a Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría, la gracia de Dios estaba con él»

31 diciembre 2023 P. Carlos Padilla Esteban

«Hay algo en el corazón que busca un nido desde el que volar, al que poder volver. Necesito un nido en la tierra para tener un nido en el cielo. Lazos humanos que me lleven a lo alto»

Necesito un cambio. Eso es lo que la Navidad me invita a vivir. Vivo en un mundo en el que a todos les estorba lo que viven, lo que tienen. ¿Cuál es el cambio al que me invita el Niño Jesús? ¿Qué es lo que busco? Quiero vivir un amor original. Renovarme me exige conectarme con mi origen. Me lleva a buscar ese primer amor que me puso en camino. Pero a veces estoy cansado, saturado, herido, sufro. Y la frase de S. Agustín que escucho me despierta vida: *«Si no quieres sufrir no ames. Pero si no amas, ¿Para qué quieres vivir?»*. Recuerdo esas palabras del libro de la Apocalipsis en las que me dice Dios: *«Mira que Estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»* (Ap 3, 20). En tiempo de posadas y cenas navideñas tal vez se me olvida cenar con el que es motivo de estas celebraciones. Se me olvida abrir la puerta de mi alma para dejarle entrar. Se me olvida que su presencia es sanadora y su amor cambian mi vida. Me renuevan, me llenan de vida. Renovarse me exige volver al principio del camino, a la orilla en la que Jesús dijo mi nombre y quiso habitarme, vivir conmigo. El viene a tocar mi corazón. Sin lastimarme, sin herirme, sin forzarme. Necesito en Navidad entrar dentro de mi alma para encontrar a Dios. Hacer silencio y saber que su presencia da paz, y calma el alma. Cuando los miedos crecen. Y los problemas me superan. Cuando siento que no controlo nada de lo que sucede a mi alrededor. En esos momentos siento la soledad y creo que no podré salir adelante. Me asustan los vientos contrarios y las mareas que me arrastran a playas a las que no quiero ir. Surge el pánico, la angustia. El cansancio es fuerte. ¿Dónde aparecerá un Salvador que lo cambie todo? Decía Winston Churchill: *«El éxito no es el final, el fracaso no es la ruina, el coraje de continuar es lo que cuenta»*. Tengo mucho coraje para continuar. No importa las veces que haya fracasado. No es tan importante no haber estado a la altura en muchas ocasiones. Me vuelvo a levantar. Tomo la vida de frente, sin importarme la lucha. Vuelvo al origen, al primer amor. Eso es renovarse. Hacer las cosas de otra manera, sin miedo e la novedad, a lo que no controlo y no es tan seguro como lo que sabía hacer. Me dejo enriquecer por las cosas nuevas. Sin despreciar lo que he vivido hasta ahora. Con el tiempo he comprendido que las cosas no son absolutas. No son blancas ni negras. Los matices me gustan, los grises, los colores para los que no tengo un nombre definido. Lo cierto en Navidad es que tengo que abrir los oídos del alma. Tengo que vaciarme de discursos antiguos que escuché una vez e hice propios. Puedo romper tantas barreras que no me dejan llegar a las cimas más altas. Por miedo, por angustia. Sé que Dios puede cambiarlo todo de un plumazo. Puede inventarse una nueva realidad en la que eche raíces. Como decía el Papa Francisco en la JMJ de Lisboa del 2023: *«Síganse manteniéndose en las olas del amor, en las olas de la caridad, ¡sean surfistas del amor!»*. Me gusta la imagen de las olas y el mar embravecido. Ese instante en el que todo parece venirse abajo y me mantengo firme en la ola, feliz de poder llegar más lejos, más hondo. Así es mi vida y no quiero perder la paz. Dios sabe lo que es bueno para mí en este momento. Quiero vivir en al ahora sin temer lo que pueda venir. No me angustio, no me quiebro. Soy débil y Dios conoce mis límites perfectamente. Sabe hasta dónde puedo llegar. Conoce mis deficiencias. Sabe que mis errores duelen en mi corazón. No duda de mi capacidad para emprender nuevos caminos. Ha descubierto en mi alma una paz que yo tenía escondida. Me dice al oído que siga surfeando, batallando, luchando por llegar más lejos. No quiere que me desanime. Me recuerda todo lo que he hecho bien hasta ahora. ¿Acaso no tengo muchos motivos para agradecer? ¿No soy capaz de ver todas las cosas buenas que he logrado? Sí, muchas cosas. No necesito dejar una huella tras mi paso. Lo importante es lo que entrego en el silencio de mi corazón, en la soledad de mi desierto. Ahí es donde nace Jesús. Es Navidad en mi

vida cada vez que doy posada a ese Niño que quiere traer un río de agua fresca, una corriente de aire fresco. No tengo miedo a hacer las cosas mal. Jesús puede sacar luz de la oscuridad y vida de la muerte. **Esa forma de ver las cosas es la que me da alegría en Navidad.**

El corazón se aleja de la razón. La voluntad pierde fuerza y no logra hacer lo que se propone. Las palabras estallan en mis labios cuando me había propuesto guardarlo todo en mi corazón. La rabia asciende por mi garganta por algo tan insignificante que no entiendo nada. La melancolía se apodera de mis entrañas y no sé ponerle nombre a lo que me pasa. Trato de subir a lo más alto y me quedo estancado en el sótano de mi ánimo. ¿Cómo se recompone lo que está roto? ¿Cómo se curan las heridas que alguien o algo causó en medio de las carreras de la vida? ¿Cómo se detiene el tráfico para que no sigan corriendo a ninguna parte? ¿Cómo logro parar el tiempo para poder pensar un momento? Quieto, como una estatua, frente a un cielo cubierto de nubes. Pienso, siento, dejo que el alma se pasee por mi cuerpo, descanse. Intuyo que hay algo más escondido dentro de mí que aún desconozco. No quiero ponerme un nombre que me limite. Ni encasillarme en un temperamento para justificar todas mis reacciones. Prefiero callar a hablar demasiado, cuando sé que lo que diga podrá ser usado en mi contra. Todo está unido en mi interior. Si físicamente no me encuentro bien esto le afecta a mi alma. Y si algo me pesa en mi corazón se manifiesta en alguna fragilidad física. Yo tiendo a separar y la vida me recuerda que sólo lo que está unido se acaba salvando. Unir lo que pienso y lo que hago, lo que amo y lo que vivo. A través de lo humano llego a Dios, es tan evidente como que la primera experiencia de Dios de un bebé son los padres. Dice el P. Kentenich: *«Dios y los padres, permanecen siempre unidos. Esta misma característica presenta la obediencia cristiana, que jamás separa a los padres de Dios; y también el amor a Dios y el amor al prójimo, que van siempre juntos»*¹. ¿Por qué me empeño en separarlo siempre todo? No lo sé, estoy roto desde mi nacimiento. Algo en mi interior me lleva a dividir. No tiendo a la comunión sino a la división. Es curioso, mi alma anhela el encuentro mientras provoca tensiones y peleas. Busco un lugar al que pertenecer y acabo alejándome del nido que fue mi cuna. Siento que necesito estar en comunión con todos y vivo sin saber gestionar las tensiones emocionales. No sé cómo hacer para amar bien a mi hermano. Digo que amo a Dios y vivo en pelea con los demás. Navidad es el lugar en el que el cielo y la tierra se unen. Un corazón en armonía, el de Jesús, el de María. Un corazón sin divisiones. Donde el amor a Dios y a los hombres es uno solo. No hay separación entre lo que uno desea y lo que hace, entre lo que piensa y lo que dice. Sueño con esa armonía que no poseo. Busco compensaciones que sacien mis insatisfacciones. Deseo llegar a lo alto de la cima mientras mis pies se detienen en el fango. Me aproximo a lo alto de mi vida cayendo de golpe sobre mis miserias. Tan separado estoy que no hago el bien que deseo y elijo el mal que tanto temo. Como si necesitara llenarme de mal para anhelar el bien con más fuerza. ¿Cómo puedo cambiar mi forma de pensar para que no se desencadenen sentimientos no deseados? ¿Cómo puedo desandar el camino recorrido sin haberlo deseado? Las decisiones tomadas pesan tanto. Y me da miedo caer en las mentiras para aparentar lo que no soy frente a otros. Tantas personas que viven engañándose. En ciertos lugares son de una determinada manera, piensan como el entorno piensa. Será el mal del camaleón. Uno se adapta al color de lugar en el que se encuentra. Da tanto miedo defraudar a los que me rodean. No cumplir sus expectativas. No responder a sus preguntas no formuladas. Fallar en todo lo importante, caer y no lograr ser fieles cuando la fidelidad es un don tan anhelado. Siento en mi interior una fuerza a veces reprimida que quiere sacar de mí la mejor versión. No sé si Dios hace milagros. Al menos yo se los pido. No pido lo imposible, sólo que me cambie por dentro y una esas partes rotas de mi alma. Creo que los perdones que no he dado es lo que más me rompe por dentro. Tal vez la inmadurez que no consigo eliminar de mi alma. Las inconsistencias que me abruman. Mi incapacidad para hacer lo que más me conviene, elegir a las personas que me hacen bien, enamorarme de aquella persona que sacará mi mejor versión. Me dejo llevar por intuiciones falsas. Y mantengo decisiones que son insostenibles. Me justifico alegando debilidad para no luchar por metas más sagradas. Y acabo pensando como vivo en lugar de vivir de acuerdo con lo que he soñado. Los límites se convierten en cadenas que me lastran en lugar de llegar a ser el trampolín que me lanza al cielo. Navidad es confrontar mi humanidad con la humanidad de Dios que se hizo carne. Miro a ese Niño indefenso que me devuelve la mirada, sonriendo. No tengo nada que ofrecerle, tan sólo la debilidad que me incomoda. Quisiera ser mucho mejor de lo que soy ahora. Estar menos roto, menos herido,

¹ J. Kentenich, *Un paso audaz: El tercer hito de la familia de Schoenstatt* de Rafael Fernández

menos inmaduro. Levanto los ojos al cielo implorando auxilio. Me arrodillo como ese pastor que llega con las manos vacías. Dentro de mí el deseo de llegar a ser alguien. Como si dejar huella fuera la meta de mi vida. Cuando lo que de verdad importa es guardar en silencio todas las cosas en el corazón. **Allí donde Dios habita y me recuerda cuánto valgo, cuánto le importo.**

Vivo buscando posada. Un lugar en el que descansar, en el que ser acogido. Vivo buscando un lugar al que pertenecer, en el que hablar el mismo idioma y compartir las mismas creencias. Busco un hogar en el que poder ser yo mismo, sin miedo al rechazo, ni a la crítica. Busco un espacio sagrado en el que no tenga que defenderme continuamente, en el que pueda vivir en paz. La Navidad está precedida de muchas noches de posadas. Momentos sagrados en los que tomo al Niño en mis manos y siento que me pide algo, me dice algo. Como queriendo quedarse conmigo para siempre, como preparándose para su venida. Buscar posada es exigente. Siento que se me va la vida en ello. De un lado para otro desmalezando bosques donde está escondida la vida. Siento que tengo tanto que dar y al mismo tiempo necesito tanto para vivir. Mucha paz, mucha esperanza. He descubierto que el mundo es mucho más grande de lo que pensaba. Y mi mundo interior un espacio cada vez más desconocido. Porque he comenzado a vivir volcado en las cosas, en la vida que fluye a demasiada velocidad ante mis ojos. Me dejo llevar. Quiero detenerme delante de la puerta cerrada. Busco que me abran, que me dejen entrar. Pero no me conocen, no saben quién soy ni de dónde vengo. No tienen ni idea de si soy buena persona o quizás algún tunante. No sé cómo hacer para convencerles: ábrame, les digo en tono de súplica. Parezco un mendigo buscando un hogar en el que echar raíces, un corazón en el que dejarse abrazar, aunque sea por un momento. Hay tiempo para amar después del odio. Tiempo para el perdón después de haber sido herido. Hay mucho tiempo para comenzar de nuevo después de haber fracasado. No importa el tiempo, lo que importa es vivir en casa, en una posada en la que pueda quedarme sin importar nada más. Decía el Papa Francisco en la JMJ de Lisboa este año: *«En la Iglesia, ninguno sobra. Ninguno está de más. Hay espacio para todos. Así como somos. Todos. Y eso Jesús lo dice claramente. Cuando manda a los apóstoles a llamar para el banquete de ese señor que lo había preparado, dice: - Vayan y traigan a todos, jóvenes y viejos, sanos, enfermos, justos y pecadores. ¡Todos, todos, todos! En la Iglesia hay lugar para todos. "Padre, pero yo soy un desgraciado, soy una desgraciada, ¿hay lugar para mí?". ¡Hay lugar para todos! Todos juntos, cada uno, en su lengua repita conmigo: Todos, todos, todos»*. En la Iglesia sí hay lugar para todos. Todos pueden entrar. No hay posaderos que cierren la posada a los extraños. Uno quiere tener el corazón siempre abierto para acoger al nuevo, al diferente, al que no piensa como yo. ¡Qué difícil mantener el corazón atento y abierto! Difícil acoger al que no me gusta, al que no amo, al que juzgo. Es tan fácil caer en el juicio y la condena. Veo a una persona, veo lo que dice, lo que hace, y la juzgo. Tal vez incluso malinterpreto sus intenciones. Creo que es de una manera y la rechazo. Como si no fuera de los nuestros. Como si ya no tuviera una segunda oportunidad. Yo busco esas nuevas oportunidades. Busco que me abran y luego yo cierro la puerta a los demás. No quiero que entren. Me sirvo de las normas incumplidas, de los comportamientos no aprobados, de las actitudes condenadas. Y rechazo. He cerrado la puerta de mi posada, de mi alma, de mi casa. No cualquiera puede entrar en mi vida. Hoy el Papa me recuerda que hay lugar para todos. Jesús nace en Navidad para todos. Y yo siento que es injusto, que no debería ser así. Que no todos pueden caber en una Iglesia en el que hay obligaciones y principios importantes. Dogmas y expectativas. Y entonces me parece que no puedo dejar pasar el tiempo sin exigirles a los demás que cambien, que mejoren, que sean como soy yo. Y repito las palabras del salmo: *«Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos. Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien»*. Dichoso quien hace las cosas bien. Infeliz el que yerra sus pasos y sigue caminos falsos que no dan la felicidad y no llevan a la plenitud. Condeno a los que se equivocan. Y me olvido de mis propios pecados, de mis faltas, de mis carencias. Como si yo fuera perfecto y siguiera de manera inmaculada los caminos de Dios. Es mentira. Yo mismo voy mendigando posada porque me he extraviado tantas veces. He seguido rutas de condenación. Me he aventurado en caminos de perdición. He caído y me he vuelto a levantar muchas veces. Toco las puertas de muchos lugares esperando a que me abran. Pero nadie abre, nadie me da espacio. Nadie me quiere como soy. Espero que la vida siga sus pasos. Temo que me salga todo mal. He escrutado dentro de mi alma buscando excusas que me salven. Maquillajes que salven mi imagen de las críticas y los juicios. Me creo mejor que otros sólo porque he tenido muchas más oportunidades de volver a empezar. Me olvido de mis errores cuando veo los de los otros. Me olvido de lo que he hecho mal cuando siento el dolor del daño que me han causado.

Como si yo no hubiera cometido ningún pecado. Me siento culpable y al mismo tiempo exculpado. Me gustaría que Dios me diera posada en su Iglesia, en muchos corazones que me rechazan, en muchos espacios de familia donde soy juzgado. Quiero abrir mi posada, quiero que me abran. **Quiero pertenecer a una Iglesia en la que se imponga la misericordia.**

Decirte que te quiero cuando te portas bien, es sencillo. Decirte que te acepto cuando me tratas bien es lógico. Pero seguir amándote cuando no te lo mereces, eso es imposible para el corazón humano. Ese amor incondicional es divino, no humano. Dios lo hace posible en mí. Y si Él no lo hace, no funciona. Que alguien te diga: *«Te quiero con toda mi alma, siempre, hagas lo que hagas, te comportes como te comportes. Te necesito como el cauce al río, como la planta al sol. Te procuro y quiero que sepas que nunca dejaré de amarte por lo que me digas o lo que me hagas. Seguiré ahí, amándote. Quiero que lo sepas»*. Es el amor de una madre por su hijo, el amor de Dios por mí. Un amor que es capaz de todo por cuidar mi bien, mi verdad, mi vida. Un amor que se rompe para amar más. Un amor que duele por dentro cuando se entrega. Sangra el alma al amar así. Pienso que el amor de José era muy parecido a ese amor. Era un amor único que comienza con una descripción escueta que hace Mateo: *«Cristo vino al mundo de la siguiente manera: - Estando María, su madre, desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba esperando un hijo. José, su esposo, que era hombre justo, no queriendo ponerla en evidencia, pensó dejarla en secreto»*. José ama a María. La ama mucho, tanto como para renunciar en secreto a su amor, en silencio, sin dar explicaciones. Seguro que en su corazón podría decir José: *«Encontré a la persona capaz de eliminar la soledad»*². María era esa persona para José. Pero las cosas a veces no son lo que parecen. En ocasiones la apariencia tiene tanta fuerza, es tan real que no cabe más interpretaciones llenas de fantasías. María está esperando un hijo y no es suyo. ¿Qué otra cosa podría pensar José? ¿Cuánto se conocerían realmente en ese momento? Nunca podremos saber exactamente cómo era su conocimiento en ese momento. Sólo sé que no habían vivido juntos y el hijo no era de José. Él ama a María y la ama bien, desea que no sufra, que no la maten, que no quede manchada para siempre. Toma la decisión más difícil de su vida. Más difícil que todas las que vendrían después en forma de sueños. En esta ocasión no hay ángel, ni sueños, ni revelación. Sólo está la pureza de su corazón de hombre, de esposo. Se sentirá engañado, defraudado. No rechaza a María condenándola a muerte. Era un hombre justo, comenta Mateo. Un hombre justo es un hombre de Dios, un hombre lleno de verdad, un hombre puro en su mirada, un hombre lleno de bondad. Ese hombre justo no quiso poner a María en evidencia. La decisión imposible la tomó ese día sin ayuda de nadie. Seguramente de Dios en su corazón que le hizo ser hombre, ser noble y decidir algo muy grande. Dios en ese momento miraría conmovido a José. Lo amaría aún más de lo que lo había amado al elegirlo para María. Un esposo bueno, honrado, de una pieza. Me gustan las personas que son puras y justas en su manera de proceder. Me gustan los que no se dejan llevar por las apariencias. Los que no desean el mal de su hermano sino su bien. Me gustan los que aman queriendo que yo crezca. Los que no se aprovechan de las personas para su bien. Me gustan los que deciden cosas imposibles cuando lo más fácil hubiera sido decidir lo que les conviene a ellos. Me gusta la pureza de su corazón. José es el protagonista del Adviento. Porque cree en María. Porque luego escucha al ángel y sigue su consejo: *«Mientras pensaba en estas cosas, un ángel del Señor le dijo en sueños: - José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Cuando José despertó de aquel sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa»*. José oye la revelación de Dios y no duda, cree y se pone en marcha. Acepta algo que pesaba demasiado. ¿Cómo podría vivir un matrimonio sin tener una intimidad física total con María? ¿Cómo podría asumir la paternidad del hijo de Dios? Él era un trabajador, un hombre honrado, un hombre justo. ¿Sería eso suficiente? Con frecuencia pienso que los santos eran personas espectaculares. Más divinas que humanas. Más del cielo que de la tierra. Miro mis manos, mi cuerpo, mi alma frágil y pienso que yo no estoy llamado a vivir en las cumbres sino a arrastrarme por el lodo. ¿Cómo lo hizo José? Él no eligió ese camino. No lo hubiera soñado para su vida. No lo hubiera deseado. Habría hombres mejores en Israel. Hombres más sabios, más fuertes, más santos que él. ¿Por qué Dios lo despertaba en sueños para mostrarle un mundo imposible? Padre de Dios, esposo de la Virgen. Un camino lleno de dificultades. Ir a Belén, huir a Egipto, proteger al pequeño y a su esposa. Volver a Nazaret, educar a un hijo que era hombre y

² Anna Casanova, *Buenas intenciones*

Dios. ¿Quién era él para una obra tan grande? Cuidar a María, esa mujer especial y única. Virgen, pura, inmaculada, madre, esposa. ¿Cómo podría ser él un buen hombre para una mujer así? Se sentiría incapaz. Menos mal que Dios no elige a los capacitados sino que capacita a los elegidos. Menos mal que el amor de Dios es el que puede hacer muchos milagros en mi vida. **Si no fuera por esa fe nunca hubiera yo iniciado ningún camino.**

Pienso en mis padres en este día. En su entrega silenciosa y constante. Años de entrega. Lo dieron todo. En ellos conocí a Dios. Con sus límites me llevaron más alto, más lejos. Con su amor me dijeron que Dios me amaba mucho más, de forma infinita y misericordiosa. Su ternura, su amor fiel, su generosidad, su sensibilidad, la forma como me dieron alas para volar y raíces para tener un suelo seguro al que volver, desde el que partir. Tener un hogar es algo sagrado, santo. Cuando ellos partieron perdí ese hogar en la tierra. Pero me quedo con lo vivido, con lo que amé, con lo que fui amado. Recuerdo mi hogar como ese terruño al que vuelvo muchas veces en mi memoria para agradecer, para sentir de nuevo. Para oler esos olores que me hacían sentir amado. Para escuchar esas voces que me daban seguridad. Para recorrer el pasillo de mi casa, la cocina, el salón, los cuartos. Mentalmente vuelvo a ellos y me siento en casa de nuevo. Hay algo en el corazón que busca un nido desde el que volar, al que poder volver. Decía el P. Kentenich: *«El hombre está afincado aquí en la tierra; en el aspecto instintivo-natural tiene su hogar en corazones humanos, pero también está orientado hacia el más allá, vive en el corazón de Dios. No sólo recibe a Dios en su corazón, sino también, con necesidad instintiva, a seres humanos. Este es el evangelio que debemos anunciar, al que debemos dedicar toda nuestra fuerza educativa creadora»*³. Necesito un nido en la tierra para tener un nido en el cielo. Lazos humanos que me lleven a lo alto. Por eso quiero agradecer por mi familia. Por la que tengo, por la que fue. Agradezco por haber podido ser hijo y hermano. Por haber echado raíces hondas. Por haber podido cuidar a mis padres y disfrutar a mis abuelos. Por haberme sentido un día responsable de aquellos que un día cuidaron de de mí. Siempre en este domingo pienso en mi sagrada familia. Y en tantas otras familias que aspiran a ser sagradas cada día. Las palabras de hoy animan: *«El Señor honra más al padre que a los hijos y afirma el derecho de la madre sobre ellos. Quien honra a su padre expía sus pecados, y quien respeta a su madre es como quien acumula tesoros. Quien honra a su padre se alegrará de sus hijos y, cuando rece, será escuchado. Quien respeta a su padre tendrá larga vida, y quien honra a su madre obedece al Señor. Hijo, cuida de tu padre en su vejez y durante su vida no le causes tristeza. Aunque pierda el juicio, sé indulgente con él, y no lo desprecies aun estando tú en pleno vigor. Porque la compasión hacia el padre no será olvidada y te servirá para reparar tus pecados»*. Cuidar a los mayores, hacerme cargo de los míos. A menudo la Navidad desvela la verdad de la vida familiar. Las heridas causadas y las recibidas. Los perdones no dados. Las envidias, los celos. Los egoísmos y las disputas. Una familia grande puede ser cuna de santidad o hacer crecer el odio y la rabia. ¡Cuántas familias divididas veo! ¡Cuántas personas que no se sienten amadas en su verdad! ¡Cuánta gente que vive sin tener un nido en el que descansar, al que regresar! ¡Cuántas personas que viven solas, hogares individuales en el que no vive una familia! Muchos no tienen a quien llamar cuando les sucede algo realmente importante, bonito o difícil. ¡Cuánta soledad y qué difícil lidiar con ella! Hoy escucho que estoy llamado a vivir en familia, con otros. a amar y ser amado: *«Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo»*. Un hogar así es el que deseo. Un hogar en el que Dios habite y pueda agradecer por la vida, por todo lo que tengo y recibo. Hoy quiero mirar con misericordia a mi propia familia. Hay tanto que no hago por mis seres queridos. Siempre puedo dar más. Puedo estar más cerca de aquellos a los que amo. Puedo cuidar a los que se han ido. Puedo acompañar a los que están enfermos, sufriendo. Si fuera menos egoísta y más generoso. Si cuidara

³ Herbert. King, N° 2 *El Poder del Amor*

más los vínculos de amor que Dios ha puesto en mi vida. Que todo lo que haga sea en nombre del Señor. Que ame a mi esposa, a mi esposo, a mis padres, a mis hermanos, a mis hijos en el amor de Dios. Que ame a todos los que constituyen ese hogar en el que crezco. A menudo me detengo a juzgar lo que no está bien. Critico lo que falta. Echo de menos tantas cosas. Siento que podría dar mucho más y no lo doy. Hoy hago un examen de conciencia. **Tengo mucho que dar. Hay mucho que ofrecer.**

José, María y Jesús son una familia normal. Y como toda familia judía tienen que cumplir con la ley de Dios: *«Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: - Todo varón primogénito será consagrado al Señor, y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: - Un par de tórtolas o dos pichones»*. Llevan a Jesús al Templo. Lo llevan y ofrecen lo que es necesario por ser el primogénito. Son una familia que se adapta a las normas del mundo, de Dios. Con frecuencia pienso que ser de Dios significa salir de este mundo, alejarme de mi realidad y emprender un camino lejos de las leyes humanas. José y María no menospreciaron el mundo en el que vivían. No dejaron atrás las leyes judías. Enseñaron a Jesús de dónde venía esa fe que practicaban. Me gusta esa forma de vivir, de entender las cosas. Ven la realidad como es y la aman. No se esconden, no se alejan, no viven en un universo paralelo. Me gusta esa forma de vivir en mi mundo. Y cuando entran al templo se encuentran con lo extraordinario en palabras de dos personas muy normales: *«Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: - Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel»*. Simeón esperaba este momento tan ansiado. Soñaba con ese Mesías que iba a llegar al mundo. Y sabía que lo vería antes de morir. Por eso puede exclamar que sí, que después de ver a Jesús puede morir en paz. Es un hombre lleno del Espíritu Santo que habla palabras proféticas: *«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción — y a ti misma una espada te traspasará el alma —, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones»*. Anuncia la espada que atravesará el alma de María. Un dolor muy grande unido al amor tan grande que tiene en su corazón. Simeón da esperanza y al mismo tiempo despierta inquietud. María guardaba todo en su corazón. Estaban admirados. Había también una mujer, Ana: *«Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén»*. En el templo Dios les habla a través de dos personas. ¡Cuántas cosas escucharían María y José acerca de su Hijo! Muchas preguntas e incertidumbres. El corazón se llenaría de dudas y de miedos. Y de una gran confianza. Nadie quiere sufrir. Esa espada en el alma quedaría grabada en el corazón de María. El sufrimiento nunca es algo deseado. Y después de todas estas revelaciones extraordinarias vendrá lo cotidiano: *«Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él»*. Siempre me ha gustado Nazaret. Me ha alegrado pensar en ese hogar sencillo de José y María y Jesús. Una aldea no demasiado grande a la que llegaron después de los años de Egipto. Nazaret es sinónimo de cotidianidad. De aprender a vivir en familia. Eran una familia normal, como muchas otras familias judías. No habría grandes milagros. No ocurrirían cosas extraordinarias. Siempre me gusta el silencio de Nazaret y el amor a la vida sencilla. La sagrada Familia creció en ese clima de paz, de tranquilidad, de amor humano. Un ambiente acogedor. Familias amigas y cercanas. Jesús era un joven más, el hijo del carpintero. No sucedía nada especial. El Hijo de Dios estaba oculto en su carne humana. Obedecía, su fe se fortalecía. Aprendía cuál era la religión en la que había nacido. Jesús no tenía pecado. Pero en todo lo demás era hombre. Tendría que conocer con el tiempo lo que su Padre Dios querría de Él. Tendría que ir descubriendo su forma de amar, de entregarse. Nazaret es espera, paciencia, vivir en presente, aprender a amar y ser amado. Me cuesta vivir sin pensar en el pasado y sin proyectarme en el futuro. Nazaret es un presente absoluto. Dios habla en presente, se hace cotidiano. En la vida sencilla va mostrándole a Jesús, a María y José lo que tienen que hacer. Aguardar con paciencia el momento adecuado es lo que muchas veces me cuesta. **Vivo angustiado por lo que ha de venir y no disfruto la vida que Dios me regala.**